

los decenviros de las causas rurales, los prefectos del tesoro, los encargados de los monumentos públicos, los de las alcantarillas y del Tíber, el prefecto del pretorio, el prefecto de los vigiles, los curadores y sus lugartenientes de las catorce regiones, los maestros de los cuarteles, *vicomagistri*; el abogado del fisco, los triunviros senatoriales, los inspectores del orden ecuestre, sus agentes y alguaciles, los escribas, los viadores, los pregoneros y los lictores. Caminaba la pompa con majestad, en el mismo orden que acabamos de describir, alrededor de lo que llamaban espinazo del circo; en donde, así que se hallaban colocadas las últimas filas, el cónsul ó el emperador, que precedían á la comitiva, levantaban su cetro de marfil, terminado en un águila, á cuya señal se daba principio á los sacrificios. Los sacerdotes se lavaban las manos: luego, con agua clara, rociaban el cuerpo y la cabeza de las víctimas.

Hecho esto, dirigían las plegarias y votos de costumbre á las divindades, y, á una señal del soberano pontífice, el rey de los sacrificios mandaba á los *popes* y á los victimarios que cumplieran con su deber. En un abrir de ojos caía la víctima al suelo, derribada por la maza del *pope*; el victimario abría el vientre de la misma, poniendo visibles las entrañas; y el augur, remanando su manto de escarlata, las separaba con el cuchillo sagrado; ponían en unos cestos las carnes destinadas á ser quemadas; los ministros de las cosas sagradas y los *camilos*, alineados á derecha é izquierda delante del altar, presentaban los vasos y los perfumes; los pontífices y *flamines*, puestos de pie detrás de la llama, examinaban sus estallidos con ansiedad. Finalmente, el rey de los sacrificios colocaba encima del ara el pedazo escogido, y subía al aire un humo que despedía los más suaves perfumes. Los tocadores de flauta, los trompetas y los citaristas, reunidos en torno del altar, llenaban el aire con sus armoniosos y graves acordes; y, sacudiendo sus ramas mojadas en dirección al pueblo, los *decenviros* anunciaban que el sacrificio estaba ya terminado. Los sacerdotes, después de haber extendido, encima de almohada ó *pulvinares* de púrpura, las estatuas de sus dioses, y desembarazado la arena de los carros sagrados, colocábanse en su respectivo lugar, y se apoderaba del innumerable pueblo una profunda emoción, difundíendose desde las gradas á las verjas de las caballerizas un estremecimiento de impaciencia, semejante al soplo de la tempestad.

El pueblo, con la vista fija en el *podium* imperial, ó en el balcón con balaustrada de mármol del pabellón consular, murmuraba, gritaba y se indignaba por tener que aguardar tanto la señal que debía anunciar el prin-

cipio de las carreras ó de los espectáculos venatorios. En tanto que el espantoso y sordo rumor de aquellas trescientas ochenta mil voces se extiende á los pies del César, y que, con sus libertos se ríe y divierte, irritando á su leona favorita para oír la bramar de cólera, y luego aplacarla con un gesto; los caballos, enfurecidos con aquel alboroto, y por las excitaciones de los conductores, parece que de antemano se embriagan con el ardor de la lucha. Relinchan detrás de aquellos barrotes, pintados del color de la facción respectiva, se estremecen, patean con furor, y, aspirando con fuerza el aire, arrojan una columna de vapor húmedo al través de las rejillas, se encorvan, saltan, se empujan, retroceden y otra vez embisten: de suerte, que hacen temblar de esperanza y de susto á todos cuantos les cercan <sup>(1)</sup>.

Al terrible murmullo sucede luego el más completo silencio: cae, ondeando, al circo, un velo blanco <sup>(2)</sup>, echado desde el *pulvinar* imperial. Á esta señal, abriéndose de repente las pintadas rejillas de las cárceles, tocaba la trompeta, caía la cadena que se hallaba extendida entre los *hermes* de bronce de las puertas, y los *cuadrigas*, colocados en el orden señalado por la suerte, rodaban ya por la arena. El rayo, la flecha del escita, el surco de fuego de la exhalación ó estrella volante, nada de esto hiende el aire con tanta rapidez. Las ruedas queman el circo, y cubren el cielo remolinos de amarillento polvo. Los aurigas, con el pecho inclinado hacia delante, hieren con redoblados golpes á sus corceles, y se encorvan encima de ellos con tal atrevimiento, que no se sabe si se apoyan en la lanza ó en el carro.

## VII

No es propio de esta enciclopedia el describir todos los espectáculos del circo, y sí sólo los venatorios.

Después de las carreras y de los juegos gimnásticos lo que más embelesaba á los romanos era la caza de las fieras, acompañada del desusado aparato que queda á grandes rasgos apuntado. Doscientos cuarenta años antes de nuestra era, habiendo el cónsul Metelo traído de Sicilia ciento noventa y dos elefantes que apresó

(1) Dionisio de Halicarnaso, lib. VII.

(2) Llamaban *mappa* á este velo.

á los cartagineses, y no queriendo darlos á los reyes aliados, y tampoco alimentarlos, tuvo la idea de hacerlos matar en el circo para dar diversión al pueblo. Logró del todo su fin, pues halló ésto tan de su gusto aquella carnicería, que luego el mejor modo de complacerle era inundar de sangre de fieras el circo. Medio siglo después, Fulvio Nobilior celebró sus triunfos sobre Estolia por medio de una caza de leones y de panteras. Scipión Nasica dispuso un combate de sesenta y tres leones, cuarenta osos, é igual número de elefantes; y Sylva, siendo pretor, expuso á las flechas de los jaculadores cien leones con melena. Desde entonces promovióse entre los ediles una viva emulación para ver quien sobresaldría en punto á magnificencia. César, al renovar este espectáculo, que tanto había gustado á los romanos, añadió algunos hombres armados con arcos, flechas y hachas de plata. El 14 de las calendas de octubre del año 71, antes de Jesucristo, Domicio Enobarbo, uno de los abuelos de Nerón, dejó muy atrás á Lúculo y á César, arrojando confundidos al circo, para que se despedazaran mutuamente, con grande aplauso del pueblo, cien osos de Numidia y cien negros.

En vano el Senado, temiendo que estos espectáculos que á veces duraban quince días, llegasen á ser nocivos para el carácter de los romanos, había prohibido, mediante una ley, la importación de animales feroces, puesto que el tribuno Acefidio lo permitió, y fué siempre en aumento el abuso de una diversión tan atroz. Scauro, durante su edilidad; Pompeyo, después de edificado su teatro; y César, siendo dictador; dieron espectáculos de caerías en que figuraron á millares los leones, los tigres y los hombres; y, por primera vez, rinocerontes, avestruces é hipopótamos. Siguiendo luego los césares este ejemplo, llegaron á despoblar el África. En las cuatro principales caerías de Augusto, murieron más de dos mil animales. Calígula dió muerte, con su propia mano, en dos

días, á ochocientas fieras. Nerón, que prefería las carreras á las luchas de toros, hizo, no obstante, matar con las picas, por sus caballeros pretorianos, á cuatrocientos osos y á trescientos leones. En cuanto á los Flavios y á los Antoninos, hacían que sus cazas fuesen proporcionadas á la grandeza de sus edificios, y derribaron, con la flecha en el costado, á la arena del circo, cinco mil fieras, como Tito, y once mil, como Trajano. <sup>(1)</sup> Hasta los emperadores militares, que sólo conservaban un día la púrpura, mostraban el mayor furor

por esta especie de juegos; y los dos Gordianos, antes de caer bajo la sangrienta espada de sus soldados, lo mismo que Filipo, Galiano, Probo y Carino, hicieron dar muerte en el circo á una multitud de leopardos, carneros silvestres, gamos, ciervos, avestruces é ibis <sup>(2)</sup>.

Durante la noche que precedía á los juegos, plantaban en la arena del circo ó del anfiteatro grandes árboles. Al amanecer, pues la *venatio* se hacía siempre por la mañana, soltaban de improviso, en aquella selva artificial, á centenares de leones de largas melenas, de leopardos de la Libia y de panteras, cuyos broncos rugidos llenaban los aires como el trueno. Desde el balcón de las torres y desde las galerías superiores, el emperador, defendido por el enverjado que rodeaba al canal de separación, las mataba, de cuando en cuando, á flechazos con su propia mano; otras veces las abandonaba á los venablos de los senadores jóvenes y de los caballeros, ó á las jabalinas de algunos veteranos plebeyos, bastante arrojados para bajar al circo y luchar cuerpo á cuerpo con las fieras. Cuando sólo se trataba de animales inofensivos, como los ibis, los ciervos, los carneros y jabalíes, los cuales corrían espantados por entre los mustios árboles, el emperador decía algunas palabras á sus

(1) Spartino: *Vida de Adriano*.—Capitolino: *Vida de Antonino*.—Eutropio: *In Marco Imperatore*.—Trebello Pollio: *In Gallieno*.

(2) Vopisco: *In Aureliano, Prolo, Carino*.



Roma.—Gladiador bestiaro



libertos, y éstos las repetían al pueblo; el cual, arrojándose, fuera de sí de alegría, fuera de las gradas, y gritando: « ¡Larga vida al César! » invadía la arena, allí cada cual hería á cuanto encontraba á mano, y se llevaba su presa (1).

Pero estas dos especies de caza eran excepcionales; pues la que usaban comunmente como más adaptable á los sanguinarios instintos de los romanos tenía un carácter muy diverso. La caza propiamente tal estaba llena de desgarradoras emociones y de lances terribles, por lo que tenía el interés de un horroroso drama. Era la lucha de la desesperación con la fuerza brutal y salvaje, el duelo del hombre y del tigre.

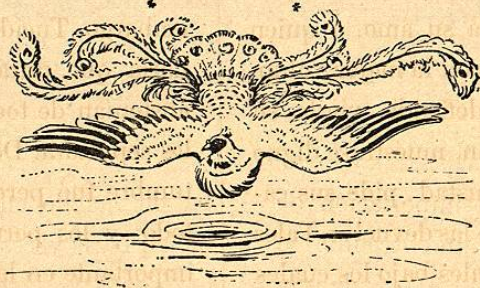
Hé aquí el modo como se realizaban estas cacerías objeto tan infame como era el de divertir á doscientos mil ociosos que lloraban y pedían gracia porque un elefante herido rechazaba las flechas con la trompa, y un momento después veían, sin inmutarse, como los infelices bestiaros caían despedazados bajo las garras de la fiera. Erán los *bestiaros*, ó reos condenados á muerte, ó cristianos, ó unos miserables que por afición se dedicaban á esta sanguinaria profesión. Casi del

(1) *Iminissi deinde populares, rapuit unusquisque quod potuit.*—Vopisco, *In Vita, Probi imperatoris.*

tudo desnudos, aguardaban en la liza, enteramente despojada, á que abriesen las jaulas de la cavea. Dada la señal y levantados los rastrillos de los subterráneos, salía el oso de su jaula con pesadez. El león, al contrario, se arrojaba al circo como una flecha (2).

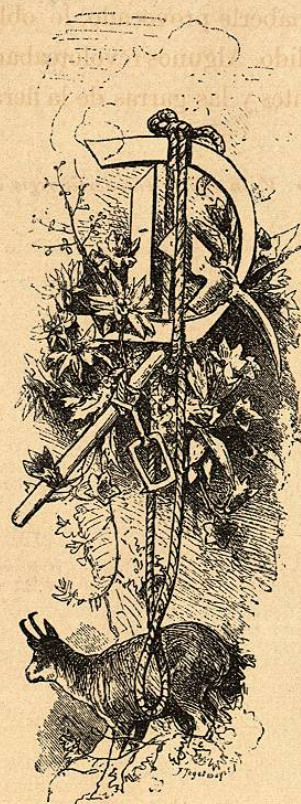
El primero que se le presentaba delante era un bestiaro casi desnudo y armado con un simple palo. Con un ímpetu terrible, se echaba la fiera sobre aquel desgraciado, el cual, con gran sorpresa de los que por primera vez asistían á estos espectáculos, arrojábase al encuentro del león; y, cuando éste creía tener ya su presa, de un brinco pasaba el *bestiaro* á la otra parte, y si era diestro en este peligroso salto quedaba salvado, pues el león pasaba por debajo de él como un dardo. Otros, después de haber irritado y herido á un oso, se encaramaban al extremo de un mástil largo y flexible, y desde allí excitaban á su enemigo: los más atrevidos se envolvían con una coraza de cañas formando puntas; y arrollándose á los pies del león, lo mismo que los erizos, después de haberle provocado, le obligaban á retroceder sorprendido. Algunos revoloteaban, por decirlo así, entre los dientes y las garras de la fiera.

(2) Casiodoro, *Variarum, liber. V. in Epist, Theodorici regis ad Maximum.*



## CAPITULO X

### LOS PERROS EN LA ANTIGUEDAD



ESDE la más remota antigüedad figura siempre el perro como compañero inseparable del hombre. Vive en su compañía, le ayuda en algunos de sus trabajos más sencillos en los tiempos primitivos; y, como pago del alimento y hospitalidad que recibe, se adhiere á su dueño. El perro reconoce en el hombre á su amo, á quien obedece con la mejor voluntad, le defiende, vigila su habitación, muéstrase digno de su amistad, pide sus caricias y se las devuelve. Tales

son los diversos aspectos más generales bajo los cuales se presenta el perro en los más antiguos monumentos de la poesía griega, en los cantos de Homero y de Hesiodo, figurando con los mismos caracteres, con el mismo papel que se le ve desempeñar en todas las partes donde se le ha encontrado; que es lo mismo que decir casi en toda la tierra.

El perro aparece así como domesticado después de largo tiempo, pero conservando á menudo, en la misma sociedad del hombre, el humor feroz, huraño, agresivo, con cierta mezcla de la poltronería que reina en el

estado salvaje, como sus congéneres el lobo y el chacal. Con frecuencia se le ve, también, andar vagando en manadas numerosas, como todavía se encuentran en algunas comarcas, particularmente en Oriente. Compararía el can con ciertas aves, los cuervos y los buitres, el cuidado de desembarazar á las poblaciones y á las campiñas de los despojos abandonados. Se echaba también á los perros á aquellos desgraciados á quienes por odio ó menosprecio se les negaba honores fúnebres. Esta odiosa costumbre fué restringiéndose poco á poco, sin duda á medida que las costumbres se suavizaron; sin embargo, Tucídides refiere como una cosa extraordinaria que, durante la peste de Atenas, los perros se abstendrían de tocar los cadáveres que yacían sin darles sepultura. Después de esta época, esta salvaje costumbre fué perdiéndose, aunque no desapareció del todo; y los perros desempeñaron siempre un papel importante en la policía de los muladares de Oriente y de Italia. Los antiguos nos han legado, con mucha exactitud, la historia natural del perro, y estudiaron, con no menos escrupulosidad, su instinto, su inteligencia y sus costumbres.

Lucrecio nos ha dejado una viva é interesante descripción de la perra de los molosos; y también había observado que la manera ligera del dormir del perro, descrita antes por Homero, y sus sueños, eran muy semejantes á los del hombre.

Ha sido en todos tiempos encomiada la fidelidad